



EN LA TOLDILLA, por Martínez Abades.

SUMARIO

Texto: LOS RESPONSABLES, por *Alfredo Calderón*.—QUICO EL SAPO, por *I. ay Candil*.—DE ORO Y AZUL.—AGÜEROS RENOVADOS, por *Julio Durrell*.—LIRA NUEVA: LA NOCHE, por *M. Gutiérrez Nájera*.—ACADEMIAS Y ATENEOS.

Ilustraciones: EN LA TOLDILLA, por *Martínez Abades*.—LA CUARTA PLANA, por *Mecachis* (cuatro viñetas).—LA UNIÓN ES LA FUERZA, por *Robber* (cuatro viñetas).—LIRA NUEVA.

LOS RESPONSABLES

(EL MOTÍN DE VALENCIA)

Motivo de pasmo, no menos justificado y legítimo que el airecillo del Guadarrama, es para cualquier cristiano el contemplar á Pidal, ese *Machichaco* de la tribuna, haciendo estallar en pleno Congreso, á despecho de las precauciones de la Comisión de gobierno interior, la bomba de su indignación, á propósito de los sucesos de Valencia, tras haber en ellos tan ampliamente colaborado.

Y saltan al punto y dicen los candorosos: «¿Quién? ¿Él? ¿Pidal? ¡Buena es esa! ¡Pidal silbar á los peregrinos! ¡Pidal mantear sacerdotes! ¡Pidal romper los vidrios de carruajes episcopales! ¡Pidal amenazar con estoque á un Prelado! Acusárasele de haber hecho eso y mucho más contra los enemigos de su religión sacrosanta, y fuera al menos la imputación verosímil. Sólo la demencia del odio puede declarar á Pidal culpable de un atentado del que protesta.»

¡No, que lo seremos nosotros! ¿Quiénes han venido aquí predicando la intolerancia, la intransigencia, el empleo de la violencia y de la fuerza en materia de religión? ¿Quiénes han mantenido que la fe deba decretarse de real orden? ¿Quiénes han pretendido poner en la conciencia un retén de guardia, y colocar el tricorno en el santuario? Y ahora porque unos cuantos valencianos emplean contra los romeros los procedimientos pidalinos, he aquí al maestro que los excomulga y reniega, como reniega y excomulga Castelar á aquellos que, siguiendo el ejemplo de su consecuencia republicana, resueltamente se quedan con él.

Ni valga alegar que los amotinados de Valencia se declararon explícitamente radicales y liberalotes. ¿Desde cuándo hace al monje el hábito? Si por acaso la necesidad nos obliga á dar vuelta á una prenda para remozarla, no dejará de ser por ello la misma prenda vieja, vista del revés. El mestizaje puede aprender esto contemplando su propia casaca, por más que incontestablemente tengan los mestizos un revés magnífico. Así sucede aquí que hay liberales que son el reverso de los reaccionarios, siendo, no obstante, en substancia, la misma cosa.

Lógico, á fuer de tomista, no puede el apóstol cacique desconocer la responsabilidad que en tan tristes sucesos le cabe. Pregunte si no á Capdepón, custodio, aunque trivial, firmísimo del público sosiego, que quiere aplicar ahora la misma pena á los que exciten al dinamitismo que á aquellos que efectivamente dinamiteen. El le demostrará que, á tenor de los principios de esa novísima jurisprudencia, cuantos aquí han venido propagando la intolerancia religiosa, son responsables de los silbidos, pedradas, manteamientos y amagos de Valencia, al igual de los propios autores.

Y es justo que así sea. La intransigencia no es un principio, sino una pasión. Quien la predica, la propaga; quien la practica, la sugiere. El que sin motivo da á otro una bofetada, ¿no es, moralmente hablando, el verdadero autor de la que en cambio recibe? Podrá llevar la penitencia en el pecado: el pecado es incontestable. ¿Con qué autoridad irá luego al Congreso á ostentar, á guisa de reproche, la acarrenalada mejilla?

Á bien que los mestizos se arrepienten. Hélos ahí hablando de justicia escarnecida, de libertades atropelladas, de fueros conculcados, de inviolabilidades violadas, ni más ni menos que podría hacerlo un demócrata de verdad. Es lo bueno que tienen los atentados. Guarda el derecho con los callos esta semejanza: que, indolente de ordinario, hace ver á su dueño las estrellas tan luego como se lo pisan. Si es cierto, como pretende la moderna psicología, que sea el altruismo una derivación del egoísmo, ese propio dolor y pesadumbre serán parte á despertar la conciencia del derecho ajeno, en el alma de los que suelen serle hostiles. En tal concepto, y no en otro, puede recomendar una buena terapéutica espiritual se pisen de vez en cuando los callos jurídicos de aquellos que se muestren excesivamente recalcitrantes en la parcialidad y la injusticia.

Despertado así, á expensas propias, el sentido del derecho ¿quién duda que los reaccionarios han de rectificar su criterio para la apreciación de los hombres y de las cosas? No es posible irritarse por el motinejo de Valencia, y recordar sin horror las santas matanzas de que han venido siendo víctimas, por la mayor gloria de Dios, todos los dogmatizantes que han resultado en minoría, desde los arrianos hasta los anabaptistas, pasando por los gnósticos, marcionitas, montanistas, donatistas, eutiquianos, pelagianos, nestorianos, iconoclastas, hussitas, albigenses y maniqueos. No cabe abominar del gobernador Ribot y adorar la memoria de Simón de Monfort. No se puede condenar la silba de los peregrinos y aplaudir la Saint-Barthélemy. No es lícito apiadarse de una sotana acibillada y no tener piedad para Huss, Bruno, Savonarola y las innumerables víctimas del Santo Oficio.

Todos los cuales se habrían dado seguramente por bien librados, saliendo de los rifirraes místicos sin otro menoscabo que naranjazos, coscorrones y tal cual manteamiento inofensivo. No lo quiso la piedad, que consistía por entonces en hacer chicharrones de la herejía. Y eso que ninguno de aquellos desgraciados usó boina, ni proclamó cruzada, ni lanzó gritos, más ó menos subversivos, ni fue á cantar un *trágala* reaccionario á un Papa liberal, ni hizo de la religión instrumento político, ni salió de su país para ir á gastarse en tierra extraña un millón de duros, mientras morían de hambre sus compatriotas y hermanos, ni aumentó la masa de sus parciales costeándoles viajes de recreo, ni puso á su patria en riesgo de conflictos internacionales; de todo lo cual no falta, en verdad, quien acuse á los agraviados romeros.

A pesar de ello, les achicharraron por amor de Dios. Y á haber habido por entonces un Pidal bastante arriesgado para salir en su defensa, no hay duda de que el abogado habría sufrido la misma suerte que sus clientes. Persuádanse los mestizos y bendigan, con nosotros, esta decadencia de los tiempos, á cuyo impío escepticismo deben el poder impunemente defender la libertad y el derecho de los suyos, sin temor á verse por causa de ello procesados, encarcelados, juzgados, condenados, paseados en procesión, llevados al quemadero y convertidos en torreznos.

ALFREDO CALDERÓN.

QUICO EL SAPO (1)

II

Quico permanecía una ó dos semanas sin beber. Entonces trabajaba en lo que podía, y trabajaba metódicamente. Iba y venía de pueblo en pueblo, llevando y trayendo recados, vendiendo frutas ó cerillas; pero al cabo de ese tiempo se entregaba con furia al alcohol. Hubiera tragado ácido fénico á falta de vino ó aguardiente. Bebía con ansia, con sed inextinguible de dipsomano. Después caía en un sueño comatoso, largo y profundo.

—¿Dónde has estado metido durante estos días?—le preguntaban al verle aparecer de pronto, con los ojos hinchados y la cara rubicunda, tirando á carmesí, como si saliese de un horno.

—Pod ahí, pod ahí,—contestaba automáticamente.

—¿Ya no quieres á doña Carmen?

Quico, sin contestar, porque tales bromas, maldita la gracia que le hacían, continuaba andando con paso tartamudo.

—¿Quieres echar unas copas?

—¡No, no!—respondía con terror, apretando el paso.

—¿Dónde habrá estado metido? En casa de la Perflenta, de seguro.

A ratos sentía un deseo invencible de matarse. Una noche estuvo á pique de arrojarle al agua. El cielo estaba muy claro. Un pedazo de luna, amarilla como yema de huevo, rielaba sobre la superficie de la ría, mansa y brillante, que á intervalos removía una legión de sardinas que saltaban á flor de agua, como un chorro argentino.

Quico, sentado sobre una roca, pensaba, á su modo, en cosas tristes, sugestionado por la monotonía melancólica de aquel cielo azul y diáfano, y el reposado cabrilleo de las aguas. La poesía del paisaje, mudo y apacible como una vejez sin remordimientos ni dolores, le hablaba de algo que él no comprendía, que no llegaba á su inteligencia de un modo claro, pero que le inundaba de una tristeza sin consuelo.

Sentía ganas de llorar, de dar voces. El recuerdo de su madre revolaba ante sus ojos interiores como una mariposa lejana; la veía, no como fué, sino como su imaginación se la forjaba, muy vieja ya, envuelta en harapos, pidiendo limosna por la aldea; pero aquella

(1) Véase el número 2.º

cara que él veía era muy distinta de la auténtica. Su recuerdo no pasaba de ahí. No la recordaba con amor ni con pesar, porque él no sabía lo que era eso. De pronto, como si entrase en él otro yo, un yo diametralmente distinto del suyo, en aquel momento, le asaltaba un impulso extraño de destrucción violenta, de aniquilamiento universal.

Entonces veía de las sobre las aguas una falange de sombras terroríficas; la ría se le antojaba un inmenso lago de sangre; la luna se agrandaba, se agrandaba como un gran incendio lívido que llenaba el cielo; los peñascos danzaban, tomando las formas más absurdas; el rumor lejano del mar llegaba á sus oídos, primero como el respirar de un asmático, después iba creciendo hasta convertirse en el formidable rugido de una fiera; los botes, que se balanceaban anclados junto á la orilla, le parecían colosales cetáceos que corrían hacia él. En tal estado hubiera permanecido largo tiempo, á no ser por un pulpo que se le agarró fuertemente á una pierna. Al principio creyó que era otra cosa: una ballena ó cualquier otro monstruo marino. Empezó á dar saltos, sacudiendo las manos, hasta que, dando un resbalón, cayó al agua cuan largo era.

Aunque nadaba como un pez, el turbión de impresiones que le atosigaba en aquel instante le impedía mover los remos. Gracias á un pescador de caña, que le oyó caer, dando un grito, pudo salvar la pelleja.

—¿Qué haces, Quico?—le dijo, arrojándose tras él y echándole mano por el pelo.

Una vez en tierra, y á la luz de aquella luna soñadora, logró arrancarle el pólipo que se resistía, con sus viscosas contorsiones, á soltar la presa.

Quico estaba como idiota. Respiraba fuerte y escupía mucho.

—Pero ¿qué ha sido eso?—continuaba el pescador.

—No sé, no sé,—respondía.

—Jumera tenemos, ¿eh?...

Al día siguiente corrió por el pueblo la aventura. La gente reía comentando el suceso.

—Ese es el amor á doña Carmen,—le decían.

—¡Cá, el aguardiente!—exclamaba otro.

Cada vez que le nombraban á la viuda, sonreía con odio mal reprimido. Sí, la amaba á su manera, con algo de la sumisión que siente el perro por su amo, y mucho del sensualismo estrambótico de un impotente. Su nuca, aquella nuca de leche en que se arremolinaban voluptuosamente doradas hebras, era lo que más le atraía. Por otra parte, como doña Carmen era amable y generosa con él, no podía menos, dado su buen natural, de quererla.

Pero ¿qué había él de demostrarla aquella pasión silenciosa que le consumía, que se mezclaba á sus delirios de borracho, como rayo de luz que cae sobre un estercolero!

La temporada de verano iba de vencida. Muchos bañistas habían empezado á desfilar, camino de la provincia algunos, camino de la corte otros. El pueblo iba perdiendo poco á poco su alegría, que se esfumaba en el tono grisáceo de lluvias intermitentes. El mar iba tomando siniestros visos verdosos y se encrespaba á menudo, hasta el punto de intimidar á los mismos pescadores avezados á las borrascas.

La compañía de volatineros, de la que formó Quico parte, en calidad de payaso, haciendo reír al pueblo con sus gracias durante algunas noches, recogía los bártulos con dirección á la capital. Doña Carmen se desternillaba con los gestos y volteretas del borracho que se envanecía de que ella le aplaudiese. El traje de payaso le comunicaba cierto arrojo, que nunca alcanzó á comunicarle su haraposada vestidura de mendigo. Una noche se atrevió á requebrar á la viuda, despertando, como era consiguiente, una tempestad de risa.—A la salud de usted, mi señora doña Carmen—decía, dando una vuelta en el aire, que á poco si se descalabra.

Otras veces, pretextando dar las gracias al público, enviaba besos con ambas manos á la viuda, á quien no siempre regocijaban, ni con mucho, semejantes audacias.

Ya era tiempo de partir. Doña Carmen tenía que regresar á Madrid, donde la aguardaban los quehaceres de su casa. Cuando Quico lo supo, estuvo á punto de desmayarse.

Ella se iba á la corte, allá lejos, donde hay muchos hombres que la agasajen, y él se quedaba, solo, abandonado y triste, entre aquellas montañas ingentes, á merced de los marineros que se divertían emborrachándole. ¡Si él también pudiese ir á Madrid! Pero ¿cómo? Jamás había salido de su aldea.

Ignoraba lo que era un ferrocarril, y cuando le hablaban de descarrilamientos y choques, lo oía como si le hablasen de la China. Lloraba de angustia, de ira. En sus momentos lúidos, cuando el vapor del vino le dejaba ver claramente, pensaba en su indigencia, en su infelicidad de pordiosero.

Por fin llegó el día de la marcha, y con lágrimas en los ojos, tambaleándose más que nunca, acompañó á doña Carmen á la diligencia, cargándola la maleta y el baúl.—¡Buen viaje!—la decía.—¡Buen viaje! A ver cuán... cuán... cuándo vuelve... vuelve por... aquí...—¡Vamos, quita!—le decían empujándole. No importunes.—Señora, ya sabe usted que aquí nos tiene para lo que guste. A ver si el año que viene tenemos el placer de volver á verla—la decía, sombrero en mano, el alcalde.—¡Ya lo creo que volveré!—contestaba doña Carmen, repartiendo sonrisas y saludos.

Cuando la diligencia, entre el chasquido de la tralla y el cascabeleo de las bestias, levantando una gran nube de polvo, arrancó por la carretera arriba, camino de la estación, Quico sintió que el corazón se le partía. Con ojos en que se reflejaba un dolor profundo, seguía el culebreo del coche á lo largo del camino, á través de los árboles. Ya distante, divisaba la luz mortecina de la diligencia, que sesgaba las sombras, y percibía el runrún tristón de los cascabeles.

Tanto insistió Quico en querer ir á Madrid, sin confesar, ni á palos, el móvil de su intento, que entre los marineros se le hizo una colecta, á fin de pagarle el viaje en tercera clase hasta... medio camino. Era una broma como otra cualquiera.—¿Le facturamos?—¿Le metemos en la perrera?

El viaje de Quico fué, durante algunos días, el tema de la conversación de todo el pueblo. Los hombres reían, las mujeres se lamentaban.—¡Pobretuco! ¡Si no ha viajado nunca! ¿Y si le pasa algo en el trayecto?—¿Qué le ha de pasar, mujer? ¿Pa qué está el revisor? Lo más que le puede pasar es que el tren descarrile y le aplaste. Y quien sale ganando, es él.—¡Qué alma, qué alma!—suspiraban las mujeres.

Cosa resuelta. Para solemnizar tamaño acontecimiento, ¡menuda borrachera la que pilló Quico en vísperas de su viaje! Subió á la diligencia dando traspiés. Ya en la estación, logró despejarse un poco. Estaba como aturdido y tenía miedo. Dos ó tres veces intentó escaparse. El pitar de la locomotora le estremecía.

—Y eso que suena, ¿qué es?—preguntaba asustado.

—No tengas miedo, tonto. Ya verás cómo te diviertes. En cuanto arranque el tren, verás cómo se te quita todo eso.

El coche en que le metieron iba completamente vacío.

El secretario del Ayuntamiento, que tomaba parte activa entre los promotores de la broma, tuvo un momento de vacilación.

—¿Y si este tío se arroja por la ventanilla al arrancar el tren?

Pronto desechó tales temores; pero, por sí ó por no, hubo de recomendar al revisor que le vigilase.

La máquina empezó á moverse. Quico, agarrado á la ventanilla, como si temiese caer, contestaba nerviosa y atolondradamente á los saludos de sus amigos del andén.

—¡Hasta la vuelta, Quico!

—¡Quico, buen viaje!

El tren volaba, haciendo girar árboles y montes. Cada vez que pasaba ante un poste del telégrafo, ó un puente, ó una peña, Quico sentía como el chasquido seco de un látigo enorme. Mientras hubo luz, á pedir de boca. Su vista se recreaba con el rápido cambiar del paisaje, y su cabeza se despejaba con el aire cortante y sano de las montañas. Pero al colarse el tren en el primer túnel, cuando todo quedó sumido en la sombra, menos el coche, temblorosamente alumbrado por la lamparilla de aceite, cuya lengua trémula lamía el techo, amenazando, según pensaba Quico, incendiar el vagón, una angustia indecible se enseñoreó de su espíritu. Quiso gritar, pero no pudo. Afortunadamente, el túnel no era largo. Pronto la vista de un valle frondoso le abstraía de su terror. Sin embargo, no las llevaba todas consigo. El recuerdo de doña Carmen había volado. Ya no pensaba en ella. Lo que realmente le compungía era aquel correr estrechito y fantástico del tren.

Mudo, como un muerto, no se atrevió, al llegar á la primera estación, á pedir que le sacasen de allí. Veía el hormigueo de personas y equipajes del andén como una prolongación caienta de sus visiones del trayecto.

—¡Agua y aguardiente! ¿Quién quiere agua?—vecebar algunos chicos.

—¡El Liberal de hoy! ¿Quiere usted El Liberal?

—¡Señores viajeros, al tren!

Todo sonaba confusamente en sus oídos.

¡Otro túnel! Era demasiado. ¡Y qué túnel! Largo, sombrío y húmedo como una catacumba. La máquina, con su patear metálico, estremecía la bóveda. Quico se puso de pie.

—¡Socorro, auxilio!—gritó con voz cascajosa.

El humo oleoso y pestífero de la locomotora envolvía como una nube negra el cóncavo del túnel y los coches. Tan pronto se arrastraba por las paredes, como acariciaba el techo de los vagones. Quico se asomó á la ventanilla. Las paredes, chorreando agua, reflejaban el resplandor rojizo del hogar. Se figuró que todo ardía.

—¡Auxilio, socorro!—volvió á gritar; pero el estruendo del tren ahogó su voz. Empezó á pasearse de una ventanilla á otra como fiera enjaulada.

El estrépito crecía; el humo, cada vez más negro, le asfixiaba. La luz de la lamparilla, medio moribunda, arrojaba una claridad enfermiza sobre el coche, y la silueta de Quico saliéndose fuera, danzaba por las paredes como un bicho raro. Ya no veía más que espectros que carcajeaban horriblemente, insectos inmundos que le morían, voces sepulcrales que le gritaban, todo un mundo de alucinaciones espantosas.

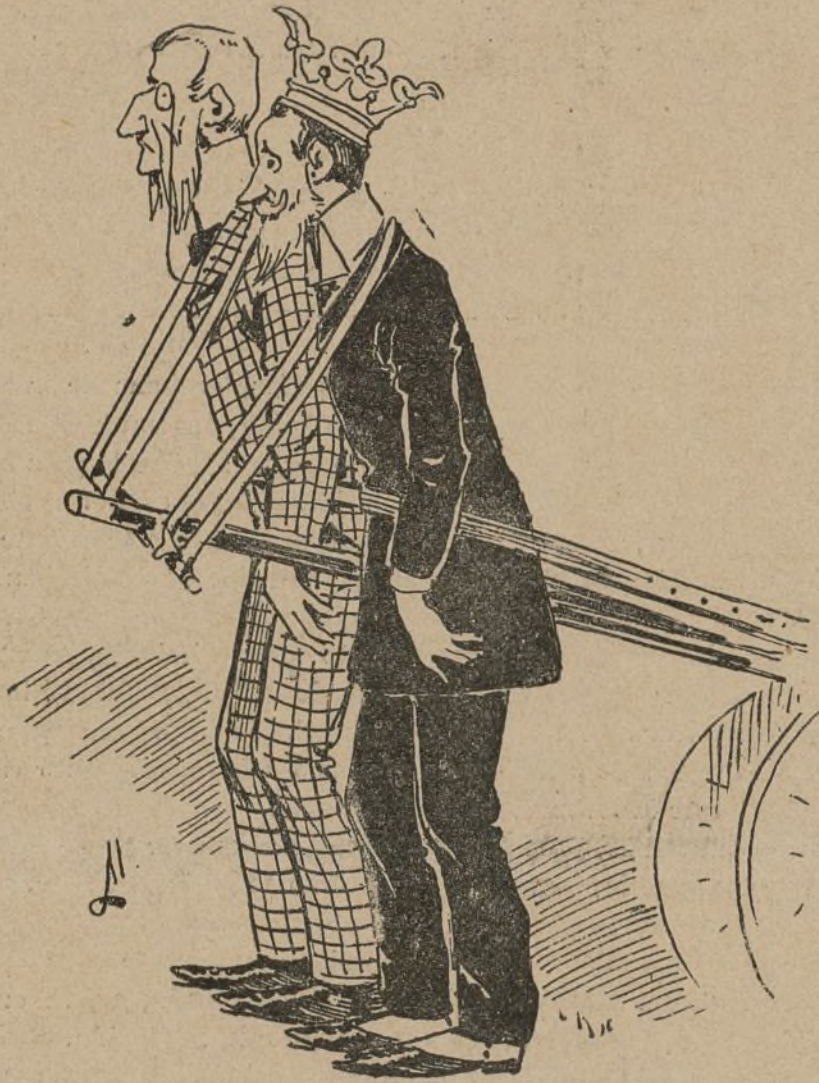
Por fin, arrebatado, loco de terror, se arrojó por la ventanilla, aplastándose los sesos contra las piedras.

El tren, ruidoso y triunfante, salía á poco de su escondrijo, sin echar de menos á aquel pobre diablo.

FRAY CANDIL.

LA CUARTA PLANA

ANUNCIOS EN SOLFA, POR MECACHIS



¡Se alquila un milord y un duque, enganchados.



Se admite un caballero con ó sin



Se vende una marquesita nueva.



Un sacerdote desea vivir en familia.

LA UNIÓN ES LA FUERZA

CUENTO SIN PALABRAS, POR ROBBER



1



2



3



4

DE ORO Y AZUL

EN Valencia han recibido á los romeros católicos á pedrada limpia. No me parece mal, con perdón sea dicho. ¿No iban dispuestos á derramar su sangre por el Papa-rey? ¿Qué les importa una sangría más ó menos?

Pidal, el verboso Pidal, echa el muerto á Sagasta, como si Sagasta no hubiera sido también víctima, no ha mucho, de una pedrea análoga.

¡Pobres romeros, ellos «que iban á buscar tranquilos—como dice Pidal,—sosegados, en la oración, en la unión, en la concordia, el rumbo hacia aquel Solio Eterno que hoy aparece sin fuerza ni prestigio!»

No es mal Pidal el que conoce al Papa.

De modo que es muy posible—si continúan los palos y las piedras—que el marqués de Comillas vuelva de Roma convertido en marqués de *Interjecciones*.

¡Pidal hablando de libertad de conciencia! Tiene gracia.

A la puerta de un sordo cantaba un mudo...

Y dice el *carca*, refiriéndose al motín valenciano.

«Todo Valencia lo sabía; todo Valencia, menos el gobernador.»

«Todo Madrid lo sabía, todo Madrid, menos él.»

Y añade Pidal:

«Si seguís esa política, si ultrajáis á los peregrinos en su derecho, si los escarnecéis en su fe, si los atropelláis en su libertad... ¡ah! recordad nuestra propia historia: el anarquismo buscará en las bombas su defensa, la fe la buscará en las montañas y en la guerra civil...»

¿A qué no se va Pidal á las montañas?

Se quedará en Madrid pronunciando discursejos incendiarios.

D. Alejandro:

«Porque los que amamos la religión de verdad, no la queremos para servirnos de ella como instrumento político...»

Como instrumento político, no; como cepillo, que es también instrumento, aunque de carpintería y... de ánimas.

Consigna Pidal que «no quiere pensar que está haciéndonos retórica»...

No, no nos hace usted retórica. Lo que nos hace usted es otra cosa...

Después de tanto gastar saliva, acusando al Gobierno, se descuelga Pidal diciendo que él no ha estado en Valencia (¡qué lástima!), que habla sólo por referencia y que sus argumentos son *hipotéticos*. ¡Vaya usted mucho con... los peregrinos, Sr. Pidal!

«Hay individuos muy dignos en su conducta particular, que nunca lo han sido en su política».

Pidal, por ejemplo.

* *

La verdad, yo no entiendo estas sutilezas de que el hombre público es una cosa y el privado es otra.

De modo que en público se puede ser un bandido, y en privado un caballero.

Niego. La calabaza es tan calabaza en un frutero de cristal como en un serón.

* *

Lo único que le faltaba á D. Pompeyo Gener era que Salvador Rueda le alabase.

¿De dónde ha sacado Rueda «que en las tertulias literarias de Madrid y donde quiera que se reúnen los escritores, se habla con calor» de la *Literatura malsana* de D. Pompeyo?

El único, acaso, que la ha leído, soy yo. Créame D. Pompeyo.

* *

¿Qué sabe Rueda de literaturas extranjeras y de ciencias para meterse, sin más ni más, á poner en las nubes un libro que es un costal de disparatés?

* *

D. Pompeyo no sabe escribir.

D. Pompeyo no sabe fisiología, aunque alardee de saberla.

D. Pompeyo no conoce la literatura francesa más que de oídas, y cuenta que ha vivido en Francia mucho tiempo.

D. Pompeyo injuria á Zola.

D. Pompeyo insulta al estómago y... á la gramática.

* *

Hay grafomanos científicos, como hay grafomanos literarios.

D. Pompeyo es de los primeros.

* *

Literaturas malsanas, dice Rueda «es un libro de pensamiento elevado (¡já, já!), un valiente grito de *¡alerta!* ante las enfermedades literarias que reinan en el extranjero...»

Pero como todo eso que repite mal D. Pompeyo, lo ha dicho muy bien, hace cuatro ó cinco años, Max Nordau, en su *Degeneración*, resulta que Rueda se tira una plancha al quedarse con la boca abierta ante el saber de D. Pompeyo.

Para ser crítico se necesita estudiar, Sr. Rueda, porque, á lo mejor, resulta que está usted elogiando á doña Emilia, siendo así que á quien alaba es á Vogüé.

* *

D. Pompeyo habla en su libro del *egotismo*, lo propio que Nordau.

D. Pompeyo ataca á Wagner, lo propio que Nordau.

D. Pompeyo critica á los decadentes y pre-rafaelistas, lo propio que Nordau.

D. Pompeyo se mete con los místicos, lo propio que Nordau.

D. Pompeyo combate á Zola, lo propio que Nordau.

¡Coincidencias del genio! dirá D. Pompeyo, con Fernández y Gonzalez, el novelista.

* *

Rueda se felicita de que D. Pompeyo haya coincidido con él en muchas manifestaciones.

El ritmo y La literatura malsana se parecen.

Apaga y vámonos.

* *

En su discurso de recepción en la Academia, dijo Manuel del Palacio:

«Si se condena el exagerado lirismo en la poesía, ¿cabe consentirlo en la prosa, que, si no vulgar, tiene la obligación de ser humana?»

Y la poesía, ¿no tiene también la obligación de ser humana?

¿O cree el Sr. Palacio que la poesía es algo que no tiene que ver con el sentido común?

* *

Barrantes contestó al discurso de Palacio con otro digno de un carabao.

¡Pobre D. Vicente! Cada día escribe peor.

* *

Pregunta *El Siglo Futuro*:

«¿Son enviados de Dios los pastores protestantes?»

No, señor; ni los pastores ni el rebaño.

Tampoco lo son los *presbiteroides* católicos.

* *

«Como Martín Lutero—añade *El Siglo Futuro*—vivió vida de agitaciones, soberbia y desvergüenzas...»

¿Me quiere decir *El Siglo Futuro* qué vida hizo San Apapucio?

* *

De *El Tiempo*:

«España tiene que ser católica, ó dejar de ser España.»

España *no tiene* que ser católica, porque ya lo es.

* *

El Tiempo viene á dar la razón á aquel filósofo que decía: «el español es católico ó no es nada».

¡Por Dios! Disimulemos un poco nuestro *vandalismo*.

* *

Después de insultar á los librepensadores, añade *El Tiempo* que él «no es intransigente ni intolerante.»

Aquí de aquí: «Gracias á Dios, soy ateo.»

* *

Interrumpiendo á Pedregal, que pronunció en el Ateneo ha noches un hermoso discurso acerca del socialismo, el P. Boliche (ó Bolitas), le decía:

«La verdad es una. Estoy en el secreto, y yo la tengo.»

Después de Fernández Hidalgo, el P. Bolitas...

¡Cuidado, P. Bolitas, no sea que se le trague á usted Fernández Hidalgo!

* *

Pero ¿también en el Ateneo van á anidar los clérigos de misa y olla?

Como si no hubiera bastante con Iser, Hidalgo y otras cucarachas por el estilo... ¡el P. Boliche! s demasiado.

* *

Leo en *La Correspondencia*:

«¿Por qué se ven tantas señoritas pálidas y ojeras?»

A lo que la misma *Correspondencia* responde, por boca del anunciante: «Eso se debe á la mala alimentación, á la falta de ejercicio, á las malas lecturas, á los vicios secretos.»

Si eso lo escribo yo, de fijo que los Padres de familia me llevan á los tribunales por inmoral.

* *

Más adelante se leen otras cosas que no son para copiadas.

Convénzanse los padres de... sus hijos de que nada hay que abra tan pronto los ojos á la inocencia, como la sección de anuncios de un periódico.

* *

La Correspondencia, para probar «que en todo gran santo hay un gran poeta,» publica los siguientes versos de fray Diego José de Cádiz, beatificado recientemente:

«Aplaca, Señor, tu enojo,
tu justicia y tu rigor:
dulce Jesús de mi vida,
¡misericordia, Señor.»

Malitos, ¿eh? Sí, de remate.

* *

«Recibidme, Dios mío,
acogedme, buen Pastor.
¡Perdonadme, Padre mío,
misericordia, Señor!»

No te recibo, fray Diego,
—le habrá dicho el buen Pastor—
porque eres un poetastro
como no se encuentran dos.

* *

Nada nuevo ha habido por Apolo. Porque no es nuevo que á Sinesio le silben una obra que aparece al día siguiente en los carteles como *extraordinariamente aplaudida*.

Los mineros no serán una mina para la empresa (como diría cualquier Bofill).

* *

En Lara han metido *El pie izquierdo* los señores Lucio y Compañía. Fué recibido sin aplausos ni protestas.

Imagino que ese pié
tiene roto el peroné.

Y no sentará la planta mucho tiempo en el teatro de la Corredera.

—•—•—•—

AGÜEROS RENOVADOS

FLANEO ANTROPOLÓGICO

CON motivo reciente, ha sido renovada—hasta por mí mismo—una cuestión ya casi trasnochada. Os hablaba yo en un número anterior de la influencia del medio, de las leyes antropológicas, del carácter...

¿qué sé yo de cuántas cosas quintaesenciadas! y todo ello á propósito de un caso triste, que está resuelto desde los tiempos de D. Pedro Calderón.

... No fuera libre albedío
si se dejara vencer.

Cuando el magnífico poeta de *El Mágico prodigioso* escribió esos dos versos, dejó el material más copioso y la argumentación más decisiva contra las pretensiones desmesuradas del contemporáneo determinismo y de las nuevas escuelas antropológicas. De vez en cuando recuerdan los periódicos en sus secciones amenas las manías de héroes, mártires, santos y demás elegidos de la Fama ó de la notoriedad.

César hacía tal cosa; Alejandro tal otra; Napoleón, en los momentos más críticos, tomaba á almorzadas el polvo de rapé... ¡Bah! Detrás del mostrador de cualquier tienda de ultramarinos podéis encontrar un monomaniaco á su manera. Preguntad á la mujer del zapatero de la esquina si su marido tiene rarezas, y os responderá: «Señor, muchísimas.» Pero la cosa es clara: ni el zapatero de la esquina, ni el pobre comerciante que pasa su existencia en la oscuridad de una trastienda, viven de modo que exciten la concienzuda diligencia de un Plutarco, de un Tácito ó de un Salustio, ni siquiera la instantánea curiosidad de un modesto *reporter*.

Con varios casos, con mil casos, con diez mil, si se quiere, ha pretendido la nueva ciencia obtener claro, distinto, limpio y puro, el tipo criminal.

Los antiguos alquimistas no buscaban más que una substancia, cuya fórmula podían precisar de antemano; después de todo, en sus reacciones y en sus precipitados la química tiene una precisión matemática: tal combinación producirá siempre, eternamente, tal otra: se explica, pues, que éstas absolutas de la materia hicieran pensar á muchos hombres en la posibilidad de sacar oro del fondo de una retorta. Pero adivinar al hombre de hoy y de mañana, de esta zona y de todas las latitudes, por la agrupación mecánica de unos cuantos «casos» particulares, no iguala, excede á la vieja y soñadora alquimia.

Con la mayor libertad, el escollo indestructible en que el arte tropieza para engendrar el tipo humano eterno, fórmanlo precisamente las sinuosidades y reconditeces del carácter... Mata un hombre por una mirada sorprendida en los ojos de su amante. Aquel otro no se cuidará del adulterio de su mujer propia, y se batirá á muerte por una disputa de club.

Calígula es modelo de príncipes en los comienzos de reinado; y Otón, que llega al imperio tras una juventud borrascosa y lamentable, prefiere darse muerte, acabar de un golpe con su vida y su ambición, antes de entregar Roma á los horrores de la guerra civil.

Así, volviendo al arte, puede preguntarse cualquiera: sin el *papel de Desdémona* que Yago le muestra, ¿acabaría por matar Ote. lo? ¿Es el regreso de D. Quijote á su pueblo, y aquella su tranquila y solemne muerte, desenlace adecuado á las antiguas andanzas?

Y Shakspeare y Cervantes, ¿valían por unos cuantos Lombrosos?

Pero lo sorprendente de todo esto, es ver cómo los novísimos antropólogos prestablecen la criminalidad por ciertos rasgos físicos, sin detenerse á definir la criminalidad misma, ni á reconocer el medio social ó local, y los agentes exteriores, que casi siempre condicionan el delito, su influencia y su imperio.

Convertid teóricamente (teóricamente bien puede hacerse) la sociedad economista actual en una vasta asociación colectivista. ¿No quedarán borradas dos terceras partes del Código? ¿No habrán desaparecido todos los llamados delitos contra la propiedad? Nadie podrá robar, ni nadie podrá ser burguesemente honrado; *l'uomo delinquente* de la antropología, como no mate por celos ó por venganza, ó por gusto, sería, por ministerio de la ley, un prototipo de honradez.

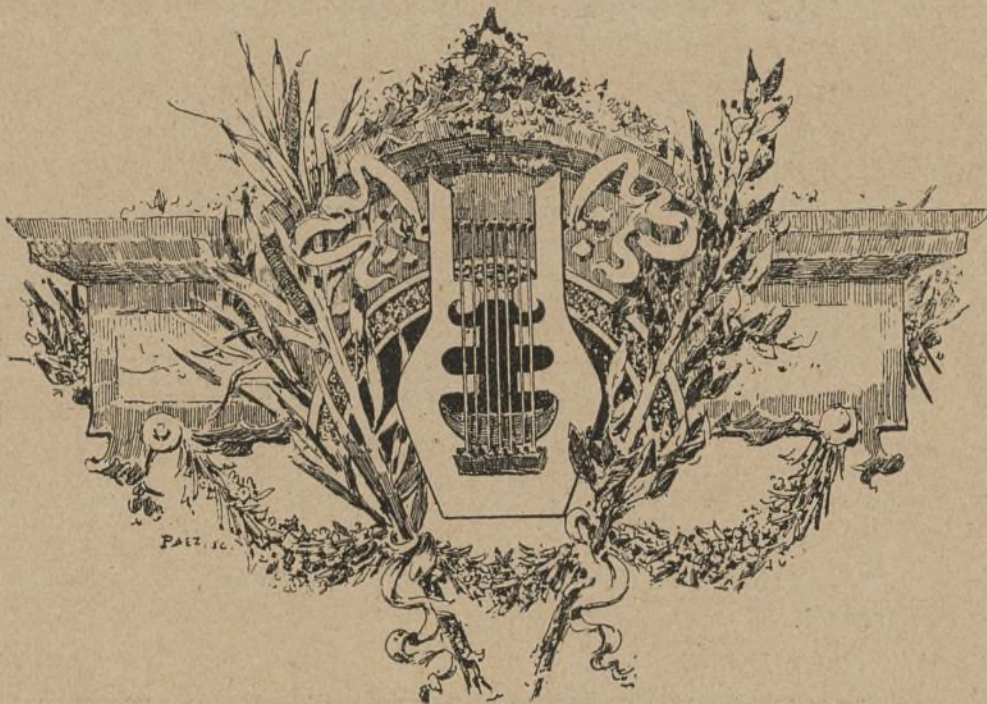
Sólo quedarían entonces los delitos contra las personas. Y fuera de las pasiones que pueden en todas las almas nacer y estallar, que lo mismo ponen el puñal ó el revólver en una mano enguantada, que en otra rústica y callosa; fuera de los estímulos violentos y del desorden momentáneo del juicio y de la voluntad que á hombre alguno caracterizarán nunca, por ser la ira y el dolor consubstanciales de la especie; descartado el incentivo que las formas actuales de la propiedad ofrecen mucho más que á la codicia del infortunio, por aquello que ya Cervantes dijera del menesteroso: «Si es que el pobre puede ser honrado,» ¿reproduciríase con fijeza el tipo criminal, el tipo del asesino que, como el *Sacamantecas* ó *Jack el Destripador*, matan por amor al arte?

Dentro de *l'uomo delinquente*, es decir, dentro de las condiciones de imputabilidad que el tipo criminal requiere para no ser confundido con el *vesánico*, no abundan seguramente; ¿qué han de abundar!—los *Sacamantecas*. Por monstruoso que sea Tropmann, por repugnante que aparezca Ravachol, no acaban de ser el «medio» y los

agentes exteriores, por completo ajenos á la génesis del delito. Por ejemplo: hijo de Napoleón III Tropmann; hijo Ravachol de Rost-child, podría apostarse doble contra sencillo á que los dos grandes criminales, conservando el cuerpo y el alma con que fueron á la guillotina, no serían por «dentro» unos ángeles de Dios, pero no habrían sido dos asesinos en las condiciones y proporciones conocidas.

El odio, el amor, la codicia, el hambre, el infortunio, la casualidad misma, la acción colectiva sobre el individuo, ¿cómo entrarán, sin error grave, en una clasificación metódica é impasible? ¿Cómo, con qué derecho ahuyentaría las últimas esperanzas que el hombre de hoy pueda poner en sus destinos?

JULIO BURELL



LIRA NUEVA ⁽¹⁾

LA NOCHE

La noche no desciende de los cielos;
es marea profunda y tenebrosa
que sube de los antros: mirad cómo
aduénfase primero del abismo,
y se retuerce en sus verdosas aguas.
Sube, en seguida, á los rientes valles,
y, cuando ya domina la planicie
el sol, convulso, brilla todavía
en la torre del alto campanario,
y en la copa del cedro, en la alquería
y en la cresta del monte solitario.

Es náufraga la luz: terrible y lenta
surge la sombra: amedrentada sube
la triste claridad á los tejados,
al árbol, á los picos elevados,
á la montaña enhiesta y á la nube!
Y cuando al fin, airosa la tiniebla
la arroja de sus límites postreros,
en pedazos, la luz, el cielo puebla
de soles, de planetas y luceros!

Y con ella se van la paz amiga,
la dulce confianza, el noble brío
de quien alegre, con vigor trabaja,
y para consolarnos, mudo y frío,
con sus alas de bronce el sueño baja.

Entonces todo tímido se oculta:
en el establo, los pesados bueyes;
en el aprisco, el balador ganado;
en la cuna pequeña, la inocencia;
en su tranquilo hogar el hombre honrado,
y el recuerdo impasible en la conciencia!

Mil temores informes y confusos
del hombre y de los brutos se apoderan;
en la orilla del nido, vigilante,
el ave guarda el sueño de su cría
y esconde la cabeza bajo el ala;

(1) La Academia, en su *Antología de poetas hispano-americanos*, prescinde de los vivos, entre los cuales los hay excelentes. Á fin de que el público español los aprecie, empezamos desde este número á darle á conocer algunos fragmentos de los poetas más inspirados de la América del día.

el noble perro con mirada grave
interroga la sombra y ver procura;
los caballos piafando se encabritan
y con pavor ó sobresalto evitan
los altos montes y la selva oscura.

Si en la extensa llanada le sorprende,
con su cortejo fúnebre la noche,
el potro joven á su hermano busca
y en su lomo descansa la cabeza.

Todo tiende á juntarse en esta hora,
todo en la vasta soledad se hermana,
hasta que alegre la triunfal diana
en el áureo clarín toca la aurora!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

ACADEMIAS Y ATENEOS

MANUEL del Palacio acaba de entrar en la Academia.

No sé si fué Voltaire quien dijo que la mayoría de los escritores empezaban disparando epigramas á la Academia, y acababan dedicándola madrigales.

Palacio, el satírico mordente de ayer, el demagogo, cae al fin y á postre, á los pies de la Academia, entonando el *mea culpa*...

Yo no soy enemigo de la Academia, sino desde cierto punto de vista. Creo que de algo sirve.

Lo que censuro en ella es su espíritu reaccionario, su *misonéismo* intelectual.

Ábrase la última edición del Diccionario, por ejemplo, y no se hallará, ni por equivocación, un solo término que exprese una sola idea moderna. Todo en él es arcaico, metafísico y estrecho.

Diríase que entre todos los académicos no hay uno solo que se haya enterado de la gran revolución que en estos últimos tiempos se está operando en los dominios de la investigación científica.

El idioma no es una cosa muerta; no nació hecho; ha ido formándose poco á poco, merced á la acción lenta del tiempo, influido siempre por el adelanto y las modificaciones que trae consigo el eterno moverse de las cosas.

La lengua es el vehículo del pensamiento, y á medida que la ciencia descubre nuevos hechos, su caudal aumenta. Entre las palabras, como entre las especies, hay una lucha sorda; las gráficas, las sencillas, las que expresan más plásticamente las ideas, son las que sobreviven, como los individuos más fuertes los que fijan la especie.

Pretender estancarla es como pretender acorralar el Océano.

El idioma tiene su nacimiento, su pubertad, u decrepitud y su muerte.

Cuando una lengua permanece estadiza, es porque el cerebro del pueblo que la habla se va atrofiando poco á poco.

El discurso de Palacio, muy gracioso y fresco en lo tocante al estilo; pero muy hueco en cuanto al fondo.

Lo de siempre.

Blasco dió el lunes en el Ateneo una conferencia amenísima, acerca del «Paris íntimo». Más que Paris íntimo, fué aquello un Paris en zapatillas y con gorro de dormir.

E. Rubiños, impresor.—San Hermenegildo, 32.

SECCION DE ANUNCIOS

SOLFEO SÁTIRAS Y CRÍTICAS

POR **FRAY CANDIL**

(EMILIO BOBADILLA)

Con un prólogo de U. GONZÁLEZ SERRANO

Contiene críticas acerca de Echegaray, Galdós, Castelar, Sellés, Balart, E. Pardo Bazán, Icaza, Sinesio Delgado, Salvador Rueda, Luis Ansorena, Urrecha, Conde de las Navas, Feliú y Codina, Calderón, Lezama y otros muchos.

Precio: 3,50 el ejemplar.

AGUAS AZOADAS

GREDA, 6

De maravillosos efectos en las afecciones de las vías respiratorias, catarrros crónicos, bronquitis, asma, etc.

También se aplican con éxito infalible en los casos de dispepsia. Despiertan el apetito y regularizan la digestión.

Para más pormenores,

GREDA, 6

AGUAS AZOADAS

PASTILLAS BONALD

(DE COCAINA CLOROBOROSÓDICAS)

Preparación farmacéutica de excelentes resultados en las inflamaciones de la boca y de la laringe, que ha merecido la aprobación de nuestros facultativos más notables.

GORGUERA, 17

REVISTA ESTOMATOLÓGICA

Saldrá en breve.

Vino alimenticio de Bonald

Preparado con peptona, coca, quina y cacao.

Empléase con gran éxito en la clorosis, anemia, falta de apetito, digestiones tardías, dolores frecuentes de estómago, etc.

Precio del frasco: **4 pesetas.**

DEPÓSITO CENTRAL

Farmacia de Bonald.

GORGUERA, 17.

GRAN PELUQUERÍA

DE

JUAN MONTOYA

26, Caballero de Gracia, 26.

EXÁMEN DE CRÍTICOS

POR

Francisco A. de Icaza.

Precio: **2 pesetas** el ejemplar.

EN PRO Y EN CONTRA Críticas.

POR

U. GONZALEZ SERRANO

Precio: **3,50** el ejemplar.



Higiene de la cabeza.

AGUA DE QUINA

PALOMAR

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello, y el único remedio que evita la caída del pelo, conservando perfectamente limpia y perfumada la cabeza, sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente, que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Frascos desde 1 á 6 pesetas.

Puntos de venta: **Fuencarral, 27, pral.**

Perfumería de **PALOMAR**

Por mayor: **MELCHOR GARCÍA**

Capellanes, 1 duplicado.

ORO Y AZUL

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

OFICINAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

Ballesta, 7, bajo.

ADMINISTRADOR

FEDERICO COROMINA

SUSCRICION.—Madrid: trimestre, **2,50** pesetas.—Provincias: ídem, **2,50**.—Ultramar: trimestre, **4**.

Número suelto, **15 céntimos.**